

HOMILÍA DEL Domingo 27 de noviembre de 2011- Iglesia Catedral Ntra. Señora de Guadalupe en Canelones.

I Domingo de Adviento.
Santa Misa del Jubileo de Oro de la Diócesis de Canelones

Sea alabado y bendito Jesucristo - Sea por siempre bendito y alabado.

1) Hermanos muy queridos: Estamos reunidos para el celebrar el Domingo, el día del Señor Resucitado y, más particularmente, el I Domingo del Adviento. En él se abre el año litúrgico, el año de la Iglesia que celebra a su Señor. En esta misma fiesta, hace un año, convoqué al Año jubilar bajo la mirada de Jesucristo, nuestra esperanza.

Como lo escuchamos los domingos pasados y como lo oímos hoy y lo oiremos en los próximos domingos, todo el año se abre y se cierra con la mirada a Cristo Señor que viene en su presencia definitiva, gloriosa como rey, juez, salvador absoluto, para darnos vida inmortal y presentarnos cara a cara ante el Padre.

Esta inclusión hace que toda la vida de la Iglesia esté centrada y halle su eje en la atracción de la segunda venida de Cristo, su esposo y cabeza, Señor y Salvador.

Hoy, bajo esa luz permanente, con esa esperanza que es deseo y fortaleza, celebramos el Jubileo de oro de nuestra Iglesia de Canelones. Dejémonos iluminar por él, gocémonos con todo el afecto de nuestro corazón.

2) El pasaje evangélico que escuchamos bajo la guía del Espíritu Santo, al recordarnos la venida de Jesucristo empieza con la palabra miren', y luego repite con distintos verbos: vigilen, velen, estén despiertos, estén preparados, no se duerman ni distraigan, estén atentos.

Y, ¿cuál es el término de estas exhortaciones? Es la segunda venida gloriosa de Cristo. Un hecho que se consumará en el futuro, pero que no es un dato más, de algo que algún día va a pasar, pero que mientras tanto no interesa.

No, **la segunda venida de Jesús es la clave de bóveda que sostiene todo el arco, es la verdad de toda la creación, de la historia de la humanidad y de cada uno de nosotros. Es lo que da sentido y consistencia a la libertad y a la gracia, a la vida, a la muerte y a la eternidad. Ante ella, Jesús proclama tanto a los discípulos allegados, como a todos: velen.**

Así, pues, hermanos míos, despertemos, velemos, miremos bien y con atención, para comprender la realidad, y vivamos en consecuencia en la verdad que nos hace libres. Esperemos vigilantes a Cristo que viene y miremos atentos su presencia en la historia de nuestra Diócesis.

3) La Divina Liturgia nos va guiando para que ese vigilar sea nuestra vivencia. Hemos comenzado la Santa Misa, tomando en nuestros labios las palabras inspiradas por el Espíritu Santo: *A ti elevo mi alma, a ti mi Dios y Señor* (Sal. 24,1).

La Iglesia elige esa frase para introducir la Misa del I Domingo de Adviento y, en él, abre todo el año litúrgico, es decir toda la vida y el peregrinar del Pueblo de Dios, de estación en estación hasta llegar al encuentro definitivo con el Rey de la Gloria.

A ti elevo mi alma, a ti mi Dios y Señor. Es la disposición del corazón creyente, del alma de la Iglesia, levantada hacia el Padre por la misericordia que ha realizado en la pasión de Cristo y llevada por la gracia del Espíritu Santo.

Por esa razón, enseguida agrega: *Dios mío en ti confío.*

La Iglesia - y en ella cada uno de nosotros -, eleva el alma, confiada en Dios, que la sostiene, en Dios que la cura, en Dios que obra en ella.

Y hoy, esta Iglesia de Canelones, particularmente agradecida, se ve visiblemente acompañada por la caridad de las otras Iglesias aquí presentes en la persona de los Obispos, en la comunión de la Santa Iglesia Católica, que preside el Obispo de Roma, nuestro Papa Benedicto, representado por el Nuncio Apostólico.

Hoy, esta Iglesia, con toda la Iglesia, eleva su alma a su Dios y Señor y renueva con gratitud su confianza en él.

La Iglesia no se funda en sus propias fuerzas, en su propio proyecto, sino que, reconociendo su flaqueza, cree firmemente que la gracia de Dios triunfa en su debilidad.

Por eso mismo, al celebrar los 50 años de la vida de esta Iglesia local no nos celebramos a nosotros mismos, sino que cantamos las maravillas de la gracia de Dios, elevando nuestras almas a Él y manteniendo

los corazones levantados hacia el Señor.

4) Esta celebración, desde la humildad y la pobreza se vuelve súplica confiada, como lo hemos orado con las palabras proféticas: *¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia!* (Is.63,19).

Y también estalla en admiración y gozo, al comprobar lo realizado por el Señor. *Bajaste y los montes se derritieron en tu presencia. Jamás oído oyó ni ojo vio un Dios fuera de ti, que hiciera tanto por el que espera en él* (Is. 64,2-3).

Nosotros, Iglesia de Canelones, reconocemos agradecidos la obra de Dios, empezando por lo que parece cotidiano: el bautismo en el que somos rescatados del pecado y de la muerte, incorporados a Cristo y a la Iglesia, hechos hijos de Dios y coherederos del Reino de los cielos; la unción y el sello del Espíritu Santo en la Confirmación; la Palabra y el Cuerpo de Cristo que nos alimentan. De aquí el testimonio de la fe y el servicio a los hermanos, el cumplimiento de los mandatos divinos y la caridad operante para con el prójimo. Así, con el auxilio de Dios, entre nosotros la Iglesia ha dado frutos de santificación y de gracia para esta vida y para la vida eterna.

Las palabras del Apóstol a la Iglesia de Corinto recién fundada, las hacemos nuestras, por lo acontecido en esta Iglesia canaria a lo largo de medio siglo: *No dejamos de dar gracias a Dios por la gracia que El nos ha concedido en Cristo Jesús. En efecto, hemos sido colmados en El con toda clase de riquezas, las de la palabra y las del conocimiento, en la medida que el testimonio de Cristo se arraigó en nosotros. Por eso, mientras esperamos la Revelación de nuestro Señor Jesucristo, no nos falta ningún don de la gracia* (cf. 1 Cor. 1,4-7).

Con esta mirada, evoquemos aquél día - hace 50 años - en que el Papa Beato Juan XXIII reunió a los católicos de Canelones para que formaran una Iglesia, una Diócesis, con su obispo, su presbiterio y su Catedral. Allí confluyó un camino de dos siglos de vida cristiana en la que no podemos olvidar la fe cotidiana de nuestros mayores, como la del cuzqueño Santos Pérez y Llamac, que trajo la imagen de la Virgen de Guadalupe, como la de los cristianos de la patria vieja, y debemos evocar el testimonio admirable del Siervo de Dios Mons. Jacinto Vera, modelo de hombre cristiano, de sacerdote y de obispo.

Hagamos memoria del día en que Mons. Orestes Santiago Nuti entró solemnemente en la Diócesis y asumió la cátedra de esta Santa Iglesia, para presidir, congregar y guiar, para enseñar y santificar, como sucesor de los Apóstoles, en el nombre del único Maestro y Supremo Pastor. Jesucristo el Señor. A él le sucedió Mons. Orlando Romero, luego acompañado por Mons. Hermes Garín.

Este báculo pastoral de nuestro primer obispo, esta su cruz pectoral, significan la continuidad de nuestra Iglesia. También para evocar esos momentos en la exposición adjunta están los documentos, las fotos, los objetos.

Traemos a la memoria y ponemos en la ofrenda de acción de gracias aquellos momentos fundantes, para unir a ellos cuanto de bien y de gracia ha acontecido en este medio siglo: la multitud de personas, los grupos y comunidades, las familias y las congregaciones religiosas, hechos y obras, la obediencia a Dios y la cruz asumida, toda la fe, esperanza y caridad, que el Espíritu Santo vuelve imperecederos en la vida del mundo futuro.

4) En el salmo responsorial pedíamos: *Señor Dios nuestro restauranos, que brille tu rostro y nos salve* (Sal.79,20).

El Concilio Vaticano II nos enseña que siendo Cristo la luz de las naciones, su claridad resplandece sobre la faz de la Iglesia (LG 1). Si en Cristo vemos al Padre (Jn.14,9), a Jesús el Señor lo contemplamos reflejado en la faz de su Iglesia. Por eso damos gracias, porque hemos visto a Cristo en Ella, por cuanto ha actuado Jesús por medio de Ella, Aún más, aunque avergonzados y confundidos, no podemos dejar de reconocer y agradecer cuanto quiso el Señor hacerse presente por medio de nosotros, miembros indignos y poco hábiles, pero de todas formas instrumentos suyos, llevados por el Espíritu.

El Año Jubilar ha sido y es también un tiempo de conversión, de humildad, de súplica confiada, para que el Señor nos convierta y haga que nuestra Iglesia canaria, obediente y sumisa a Él, sea más y más luz viva en Canelones. Si decimos *Dios mío en ti confío*. También agregamos: *Tú, Señor, eres nuestro padre; nosotros somos la arcilla y tú nuestro alfarero ¡todos somos la obra de tus manos!* (Is.64,7).

5) La Iglesia es un pueblo tomado de todas las naciones. Sus miembros formamos parte del pueblo civil al que pertenecemos y, al mismo tiempo, tenemos otra ciudadanía en el cielo y otra Cabeza y Señor.

Por eso, la Iglesia local asume la realidad en la que está inserta y de la que forma parte, y recibe de ella muchos bienes. A su vez, es en esa realidad que da su propio testimonio y su propio aporte.

Así, lo recuerda el Concilio Vaticano II: "la Iglesia, 'entidad social visible y comunidad espiritual', avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es

actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios"... "Tiene asimismo la firme persuasión de que el mundo, a través de las personas individuales y de toda la sociedad humana, con sus cualidades y actividades, puede ayudarla mucho y de múltiples maneras en la preparación del Evangelio" (cf. GS, 40).

Este intercambio y esta unión la manifiestan los representantes de distintas instituciones con los que ha caminado la Iglesia canaria en estos años y que han adherido a esta celebración. Sin hacer ahora la lista de ellas, permítanme mencionar especialmente al Intendente de Canelones Dr. Marcos Carámbula y a la alcaldesa de la Ciudad de Canelones Mtra. Mabel Curbelo. A ellos, y por ellos, a toda la sociedad, nuestro reconocimiento.

Traigamos todo esto, y mucho más, pensamientos y afectos, recuerdos y deseos, y pongámoslo sobre el altar para que, como sube al cielo el perfume del incienso, así suban las oraciones del pueblo santo, nuestra alma se eleve a Dios y nuestros corazones estén levantados hacia el Señor. Suba nuestra acción de gracias por Cristo al Padre, unidos todos en la caridad del Espíritu Santo.

Cuando traigas tus dones, Tú, Iglesia de Canelones, mira, vigila, escucha porque Dios te dice por el profeta: *Hija de Sión, alégrate, porque el Señor está en ti, salvador y rey. Álzate y resplandece porque viene tu luz, sobre ti se alza la gloria del Señor. Álzate y mira en torno tuyo: todos tus hijos vienen a ti.*

6) Cuando nos acerquemos a comulgar lo haremos cantando el salmo 84, que a la Iglesia le es queridísimo en el Adviento y la Navidad, porque canta la unión del cielo y de la tierra, de Dios con su pueblo, en la humanidad bendita del Hijo Eterno de Dios que se hizo hombre de María Virgen.

En el don supremo del cuerpo entregado, celebramos que *el Señor ha sido bueno con su tierra y ha restaurado la suerte de Jacob. La misericordia y la fidelidad se encuentran. La justicia y la paz se besan* (Sal. 84,2.11). Todo esto ha acontecido entre nosotros.

Y con toda confianza de que seguiremos adelante con la gracia de Dios, repetiremos una y otra vez la antífona: *el Señor dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto* (Sal. 84,13). La lluvia de la gracia de Dios, el rocío del Espíritu, seguirá bajando sobre nuestra Iglesia y sus miembros, y por eso nuestra tierra seguirá dando frutos de santidad, de vida, de fe y amor, de perdón y reconciliación. Unámonos entonces en el cuerpo y la sangre del Señor con una infinita confianza en su obra en la Iglesia y, por ella, en la humanidad toda, que Cristo ha unido consigo.

Así, haciendo hoy esta estación agradecida, preparemos los caminos, porque ya se acerca el Salvador. Renovémonos en la esperanza, estemos vigilantes, atentos, y salgamos, peregrinos, al encuentro del Señor.

El nos mantendrá firmes hasta el fin, para que seamos irreprochables en la Venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. Porque Dios es fiel, él nos llamó a vivir en comunión con su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor (1 Cor. 1,8-9) ¡/ quien sea la alabanza y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.